

José María López Sánchez, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, 286 págs.

El exilio republicano de 1939, pese a que este año cumple su septuagésimo quinto aniversario, está lejos de ser un tema superado, y es que resulta difícil agotar un tema que no hace más que ramificarse en nuevos escenarios y protagonistas. Ríos de tinta brotaron desde los mismos orígenes del éxodo y, desde entonces hasta nuestros días, no ha habido un momento de inactividad a este respecto, lo que no implica que no se haya producido un relevo generacional, o que no haya mudado el tipo de plumas que escriben sobre esta temática. Resulta obvio aclarar que, en este país, Dictadura y exilio tomaron una misma singladura, bien que enfrentada, y que cuando la primera llegó a su final al segundo se le privó de su causa primera de existencia. Por supuesto, para entonces el exilio había quedado ya muy mermado – en términos estrictamente biológicos –, si bien su presencia física no era ya tan importante como podía serlo su identidad y su idiosincrasia, ambas plasmadas en una obra tan variopinta como desperdigada por medio mundo. La Transición, que no integró en un primer momento la memoria de la guerra civil ni desde luego el recuerdo sobre la Segunda República, sí que incorporó en pro de la reconciliación – y esto implica asomarse a los años de democracia – una cierta herencia de esa España peregrina y ausente.¹

Ni que decir tiene que esta incorporación no fue ninguna gracia otorgada ni supuso una integración completa ni equitativa en cuanto al reparto de méritos y reconocimiento sobre sus integrantes – la mayor parte de ellos masa anónima – se refiere, siendo que además las voces que lograron hacerse oír entre los expatriados no siempre contribuyeron a cuadrar una imagen en la que todos pudieran verse integrados. El exilio testificó e historió sobre sí mismo durante buena parte de su propio periplo vital, mezclando consiguientemente historia y memoria – como bien resume el profesor Gonzalo Pasamar –,² pero hay que reconocer que, sin esta labor vigilante, ni se hubiese logrado romper el aislamiento de quienes acabaron exiliados en ultramar, ni la memoria cultural de los vencidos o el problema de España se hubiera podido oxigenar desde el interior de un país donde las propias ideas, al igual que los cuerpos, eran perseguidos. Tampoco hubiera sido posible dar cabida en la España democrática a un exilio ya envejecido sin la preocupación e iniciativa que mostraron determinados círculos editoriales o equipos investigadores, y tenemos ejemplos de primera magnitud en las figuras de antifranquistas como José Martínez Guerricabeitia o José Luis Abellán, quien a lo largo de los años sesenta y setenta, respectivamente, iniciaron importantes trabajos de difusión y recopilación de la historia, pensamiento y obra exiliada.³

¹ A esta cuestión se le dedicó un monográfico desde el número once de la revista *Alcores*, cuyo texto introductorio recomendamos leer: Abdón Mateos, “El uso público del antifranquismo y del exilio después de Franco”, *Alcores*, 11 (2011), 19-38.

² Gonzalo Pasamar, “El exilio republicano español: historiografía y memoria”, en Roberto Ceamanos y Víctor Pereira (eds.), *Migrations et exils entre l’Espagne et la France. Regards depuis l’Aquitaine et l’Aragon* (Pau, Francia: Éditions Cairn, en prensa).

³ El primer caso lo historia Albert Forment en la obra: *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico* (Barcelona: Anagrama, 2000), el segundo se desarrolla en seis volúmenes de la mano del citado autor y de importantes colaboradores, como Vicente Llorens, Javier Malagón, Manuel Tuñón de Lara o Carlos Sáenz de la Calzada: José Luis Abellán, *El exilio español de 1939* (Madrid: Taurus, 1976).

¿Por qué una introducción tan larga – y a la vez tan exigua – sobre el exilio que inspira esta obra investigadora? Porque el libro de José María López Sánchez es un libro con mucha historia sobre sus hombros. Tanta, empero, que debe ser tamizada para que no cometamos el error de sobredimensionar, o peor aún, infravalorar, el camino hasta ahora andado en la recuperación de la historia que ese año de 1939 vino a iniciar. Y digo historia porque la memoria más aparente, es decir, la que pertenece a lo institucional, a lo simbólico y a los grandes apellidos – los pequeños son en muchos casos ilocalizables –, hace mucho que se cuenta ya en el imaginario colectivo de la sociedad española, si bien desplazado y mecido al capricho de la política conmemorativa o editorial. *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939* contribuye, por tanto, a esa labor de reordenación y clarificación que los hecatónquiros márgenes del exilio todavía precisan para poder ser interpretados en su conjunto, sin que las acostumbradas compartimentaciones temáticas que se han dado en su historiografía, del todo punto comprensibles, lastren su propia comprensión.

Es así como acaban en este cóctel tanto el devenir de los protagonistas del exilio científico-cultural español como el de la reconstrucción del proyecto republicano y sus puntos de fricción interna e internacional, sin olvidar recurrir a los dos hemisferios del exilio ni a revisitar el primer tercio del siglo XX para mejor rastrear la semillas del frustrado florecer académico español. Todo esto, dicho así, corre el riesgo de sonar elemental a cualquier lector medianamente avezado, pues, ¿qué hay de extraño en elogiar que esta obra tenga en cuenta el antes y el después del exilio, sus dos grandes vertientes geográficas y el recorrido de unos personajes que, bien es cierto, durante un tiempo transitaron al unísono la producción científica con la denuncia política? Sin embargo, de un análisis más exhaustivo sobre el estado de la cuestión aquí convocado se deriva la constatación de que este tipo de aproximaciones han sido más la excepción que la norma. Puede que la tendencia lleve unos pocos años variando,⁴ pero hasta hace relativamente poco lo habitual era que del resumen temático líneas arriba trazado se derivasen tres líneas, cuando no más, de investigación: la de los estudios literarios sobre el exilio, donde han despuntado autores como Aznar Soler – grupo Gexel – o Francisco Caudet; la del legitimismo versus posibilismo republicano, dentro del marco de los estudios de relaciones internacionales – José María del Valle o Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz –; y, ya por último, los planteamientos historiográficos que desde la historia social se han venido haciendo sobre los dos exilios arquetípicos, destacando para el caso francés la labor de Alicia Alted Vigil y para el caso mexicano, por citar un único ejemplo, a Patricia Fagen y su temprana obra.⁵

Ante esta tesitura, el mayor riesgo que en un principio puede correr un título como el aquí reseñado es el de desperdigarse en un confuso archipiélago de notas y casos selectos. Algo de esto se adivina, erróneamente, al ojear un índice que desglosa hasta veinte capítulos que, como es también costumbre en el estudio macro del éxodo americano que se produjo entre 1939 y 1940 – por lo general reemigrado desde Francia –, parecen organizarse como pasando revista geográfica de los diferentes destinos del exilio republicano. Nada más lejos de la verdad. Los refugios a los que alude el título – en plural, naturalmente – no están comunicados ni se expanden sólo en el espacio sino

⁴ Sólo a título ilustrativo puede citarse otra obra reciente, como es la de Claudia Dávila, que ofrece un estudio comparativo entre la acogida y devenir del exilio republicano en sus dos principales y antitéticos focos: México y Francia: *Refugiados españoles en Francia y México* (México: El Colegio de México, 2012).

⁵ *Transterrados y ciudadanos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975).

que también se reencuentran en el tiempo de su propia narración. De otro modo hubiera sido imposible dar una orientación a un trabajo que es por naturaleza – y que debe serlo, para salvar distancias – dilatado y extenso. Por eso es que el libro admite si no tanto varias lecturas, sí al menos varios encuadres. Así, lo que a primera vista parece un catálogo de *rara avis* del exilio – que si el caso bogotano, el ICE o la UPUEE –,⁶ en última instancia responde a un bordado muy consciente, solo que inusual, en el que ya no sólo tenemos una casuística de biografías o apariciones epistolares fortuitas, sino un relato coherente, uniforme en la medida en que la dispersión geográfica se lo permite. ¿Pero un relato sobre qué y sostenido hasta cuándo? Y es que si de lo que se trata es de historiar la catarsis completa del exilio, aunque fuera solo intelectual, se estaría entrando en una profundidad no asumible para un libro de este formato y características.

Es por esto mismo que López Sánchez define unas prioridades narrativas que tienen más que ver con la cartografía de los escenarios y posiciones del exilio de posguerra que con una reconstrucción exhaustiva sobre cada una de sus partes. A este último propósito ya sirven las cuantiosas citas estilo Harvard que se integran en el texto y que sirven de aldabonazo al lector para no perder de vista las continuas encrucijadas que se van evitando con ese propósito de no perder el hilo general que las une. De este modo, se puede hacer un balance sobre la situación intelectual de la España de *plata*, dar cuenta del desmantelamiento de la vida académica y de la actividad científica que se produce a partir de julio de 1936, así como del intento de transfusión de la misma que se produce en el continente americano, donde México incorpora a estos cuadros de maestros y discípulos en su propia reorganización universitaria y cultural. Sobre esta diáspora de hombres de letras y proyectos seccionados gira la primera mitad del libro, haciendo ya hincapié en el esfuerzo asociativo que lleva a estos élites científico-culturales a unirse tanto para defender su pan, dentro de un mundo a veces hostil o indiferente hacia ellos, como para preservar el proyecto de una España vencida que el régimen de Franco presenta como apócrifa con respecto al alma pura de la nación.⁷

De esta hora primera y turbulenta, que coincide con la pugna en medio mundo de las democracias liberales contra el totalitarismo fascista, se pasa hacia otra etapa de ilusiones que se disparan en el exilio pero sin llegar a florecer. Los años de posguerra europea (1945-1955) suponen el marco en el que trabaja la segunda parte de la obra de López Sánchez. Asentados e instalados como buenamente han podido en sus diferentes refugios, los intelectuales que los llenan viven momentos de exaltación al intuir la pronta caída del Dictador a manos del nuevo orden internacional. El problema es que ni el proyecto alternativo que se ofrece para España es claro – toda vez que las ramas del socialismo histórico siguen enmarañadas –, ni clara es la voluntad del *Foreign Office* de hacer más por la causa republicana de lo que hizo en vísperas de la guerra, lo que equivale a muy poco. De esta guisa, los intelectuales que se habían embarcado exultantes en la nave del retorno a la patria liberada van a ir abandonado el barco, o se van a ver de él desprendido, según erre el rumbo y naufrague. A los restos a la deriva quedarán adheridos determinados círculos y personalidades concretas, pero la mayor parte de los implicados se preocuparán más de recuperar sus vidas y producciones

⁶ En referencia a la Institución Cultural Española de Argentina, y a la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, originariamente fundada en París.

⁷ Este aspecto se precisa en el texto en el análisis del antagonismo que se va establecer entre la visión de América dada por la Dictadura, tendente a subrayar todos los tópicos del hispanismo imperial, y la perspectiva de un hispanoamericanismo de raigambre liberal y progresista, donde los españoles de ambos hemisferios deben compartir, en un plano de igualdad, sus respectivos sentires.

intelectuales, ahora que ya es patente que su España no la van a ganar ni las armas amigas ni el voto de las potencias rampantes, las que, por cierto, están ya alineándose para lo que va a ser el nuevo conflicto del siglo: la Guerra fría.

Llega así el relato a un periodo impreciso, en términos cronológicos, pero de vital importancia de cara al ordenamiento futuro de lo que va a ser la nueva estrategia de la reconciliación y la lucha por España desde España, y no ya el concierto internacional de potencias – ante el que no obstante se seguirá apelando –. Por supuesto, este es un giro copernicano para muchos, que supone ante todo restarle muchos enteros a cualquier maximalismo de índole legitimista: España no va a ser devuelta tal y como era. La recuperación de España pasa por la aceptación de la derrota y la necesidad de construir un nuevo consenso sobre lo que puede ser, ya de facto, una monarquía llamada en plebiscito, o cualquier otra solución intermedia.

Llegados a este punto de cierre, es necesario hacer dos precisiones suplementarias: una sobre los contornos sociológicos, por sí llamarlos, del libro, y otra sobre su extensión cronológica, que como ya se ha dicho no sobrepasa los años cincuenta. Sobre lo primero habría que añadir que la historia que traza López Sánchez, en su pluralidad de actores y de perspectivas, y aún con el acierto de tratar política y cultura como las dos caras de una misma moneda, ni llega ni pretende llegar a la totalidad del exilio que abarca. O dicho de otra manera: como este trabajo trasciende barreras tradicionalmente inmóviles uno puede caer en la tentación de pedirle, o creer, que aún se adelantará a sus propias premisas, y no es así. *Los refugios de la derrota* construyen una historia cultural del exilio republicano en su conjunto, pero el hecho de que anide principalmente en Latinoamérica, con sólo esporádicos viajes hacia París, reflejan que esta sigue siendo una historia que se sustenta sobre una lista de apellidos, que si bien están generosamente enriquecida y ampliada, no alcanza al exilio que construyen las cifras de rostros más o menos delebles. Un exilio que suele ser sinónimo de historia social y que trabaja en todo caso a la inversa: desde Francia y el continente, con eventuales escapadas a exterior. Si una y otra perspectiva pueden llegar a confluir, o es pertinente que lo hagan, eso lo tendrán que demostrar futuros trabajos.

Finalmente, quería hacer un comentario relativo a esa cronología que acaba en 1955, y es que la tentación de seguir adelante es fuerte – al menos yo como lector la he sentido –, pero considero que el autor es en todo momento realista a este respecto. El libro no disimula el trabajo que no hace – y cito su última frase: “todavía está por evaluar adecuadamente cuál ha sido el impacto del exilio científico e intelectual en los círculos del interior y la dimensión de su influencia en la futura transición democrática” –, pero cabe recordar el que sí que enfrenta; el mismo que hemos desarrollado en estas páginas. Resta por tanto de componerse el broche que vendrá a poner un poco de orden en este maremágnum de fuentes, hipótesis y relatos que es la Transición en su relación al exilio y el retorno. Aquel que hará posible que el propio José María López Sánchez, y si no él algún otro investigador entre los avezados o los noveles, de las plumas solitarias o las obras magnas de autoría múltiple, vayan acorralando las pequeñas lagunas que restan sobre este tema. Lagunas que, gracias a títulos como el aquí analizado, hacen cristalinas las profundidades otrora insondables de un exilio que ya finalizó en sus protagonistas, pero que no habrá de acabar en su recuerdo mientras quede constancia del mismo.

Pablo Aguirre Herráinz
Universidad de Zaragoza (España)
paguirre@unizar.es

Fecha de recepción: 4 de junio de 2014.

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2014.

Publicado: 30 de junio de 2014.

Para citar: Pablo Aguirre, “José María López Sánchez, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, 286 págs.”, *Historiografías*, 7 (enero-junio, 2014): pp. 150-154.

http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/7/res_aguirreh.pdf